

Problemática sobre la introducción de la incineración en los ritos funerarios del sureste de la Península Ibérica

Javier BARTUREN BARROSO
Universidad de Granada

Abstract

This paper deals with the problem of the origin and chronology of cremation in South East Iberia. Phoenician influence is denied to be decisive in the adoption of cremation by indigenous. On the other hand, South Eastern cremations are compared with the Urnfields ones, underlining their similarities and differences.

KEY WORDS

Cremation, Late Bronze, South East Iberia, Phoenician Colonization, Urnfields.

La cronología y origen de la incineración funeraria en el Sureste de la Península Ibérica ha sido un tema de intenso debate entre prehistoriadores y arqueólogos desde que L. Siret exhumó a fines del siglo pasado diversos enterramientos de incineración en las provincias de Murcia y Almería.

Tras diversas vacilaciones, el propio Siret atribuyó estas tumbas a la Edad del Hierro, con lo cual, quedaba clara una difusa ubicación cronológica de las mismas en el I Milenio a. de C., situándose entre las incineraciones más antiguas documentadas en la mitad Meridional de la Península. Sin embargo, la cronología correcta de dichas necrópolis era muy difícil de establecer, pues no se contaba con estratigrafías de los poblados correspondientes a las mismas o de niveles bien datados con materiales semejantes que justificaran elaborar los correspondientes paralelos tipológicos.

Esta situación se ha mantenido hasta la década de los años 60, con lo cual, las síntesis sobre la transición del Bronce al Hierro en el Sureste han tenido que tener en cuenta estos enterramientos y algunos objetos metálicos hallados fuera de

contexto para "rellenar" el incómodo y largo período de la primera mitad del I Milenio a. de C.

La intensa actividad arqueológica en el Sureste de la Península durante las décadas de los años 60 y 70 cristalizaron en la Tesis de F. Molina González, el cual, gracias a las excavaciones de poblados como el Cerro del Real (Galera, Granada), Cerro de la Encina (Monachil, Granada), Cuesta del Negro (Purullena, Granada) Saladares (Orihuela, Alicante) y Cerro de los Infantes (Granada), entre otros, estuvo en disposición de proponer una periodización para el Bronce Final del Sureste en tres fases y ubicar las necrópolis excavadas por L. Siret entre el Bronce Final I y el Bronce Final II, estableciendo el inicio de las primeras incineraciones hacia comienzos del siglo IX (Molina González, 1978). Desde otro punto de vista, H. Schubart había destacado anteriormente los paralelos de estos enterramientos del Sureste con los del Suroeste Peninsular, y especialmente los del Tajo Inferior, datándolos de forma amplia entre los siglos X-VIII (Schubart, 1971, p. 176).

A pesar de que las investigaciones de los años 80 en el Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada), Cerro Alcalá (Torres, Jaén), Peña Negra (Crevillente, Alicante), Llano de los Ceperos (Ramonete, Murcia), El Castellar (Librilla, Murcia), y la revisión de los materiales de la Loma de Boliche (Herrerías, Almería), vienen a refrendar (e incluso a adelantar algo) las cronologías propuestas por H. Schubart y F. Molina, han surgido críticas hacia las fechas dadas para las necrópolis en cuestión siendo consideradas demasiado "altas".

Según M. Pellicer el origen de la incineración en el Sureste Peninsular hay que retrasarlo al siglo VIII para poder establecer relaciones de origen en el mundo de la Colonización Semita: "...estas necrópolis de cremación del Sureste Hispano, que se han querido fechar en el siglo IX a. C., corresponderían más bien a unas fechas de los ss. VIII y VII a. C., con un sustrato indígena del Bronce Medio (la cista), matizadas por una corriente tartésica del Bajo Guadalquivir (cuencos carenados) y colonizadora fenicia (cremación, cuentas de cornalina y pasta vítrea, fíbulas)." (Pellicer, 1987, p. 449).

Los razonamientos de M. Pellicer sobre el origen de las incineraciones en el Sureste se basan en datos "negativos". De las tres posibles vías de llegada del rito de incineración, la del Atlántico-Bajo Guadalquivir presenta datos confusos, la proveniente de Campos de Urnas no cuenta con evidencias en Levante, por lo que es difícil que llegara al Sureste, y además existen marcadas diferencias entre las incineraciones del Sureste y las de Campos de Urnas Peninsulares. Así, por eliminación, el origen del rito de incineración en la Colonización Fenicia es la hipótesis más plausible, máxime teniendo en cuenta que algunas tumbas cuentan con importaciones fenicias (cuentas de cornalina y pasta vítrea). Este razonamiento lleva implícito datar las necrópolis tras el siglo VIII, momento en el que se produce la

Colonización Fenicia en el Sur de la Península Ibérica (Pellicer, 1987, pp. 446-447).

De forma similar, J. A. Pachón afirma cómo la presencia fenicia debió alterar los esquemas ideológicos indígenas, así el establecimiento de la incineración frente a la tradicional inhumación es fruto de creencias religiosas más amplias, siendo la incineración una manifestación de un nuevo sentido dado a las ideas de ultratumba. La inexistencia (o escasa frecuencia) de ritos funerarios de incineración sin influjos fenicios en el Sureste indica este cambio, pues la mayor parte de los enterramientos aparecen en relación a objetos de importación o imitación de objetos coloniales. Todo ello lleva a datar las incineraciones, como muy pronto en el siglo VIII (Pachón et alii, 1979, p. 298; 1983, pp. 334-335).

Si observamos el caso de Tartessos, la interpretación es muy semejante: durante el Bronce Final I se mantuvo el rito funerario tradicional de inhumación (enterramientos en cista de la Serranía de Huelva; Schubart, 1971, p. 157), la incineración se debió introducir a partir de la segunda mitad del siglo VIII, con las primeras influencias fenicias (Túmulo 1 de la Necrópolis de Las Cumbres; Puerto de Santa María, Cádiz) (Pellicer, 1980, pp. 327- 328).

Estos razonamientos no nos parecen válidos pues los problemas del "origen" y la "cronología" se mezclan hasta el punto de condicionarse mutuamente en un círculo vicioso y por otro lado, no se aporta ninguna prueba positiva para la supuesta influencia fenicia, si exceptuamos la presencia de objetos de origen colonial en algunas tumbas de incineración indígenas, mucho menos numerosas de lo que plantean J. A. Pachón et alii. De hecho, hay muchos restos funerarios en los que se ha practicado la incineración y que no tienen ningún objeto oriental: Cerro del Rayo (Pechina, Almería), Caldero de Mojácar (Mojácar, Almería), Las Alparatas (Mojácar, Almería), Barranco Hondo (Antas, Almería), Cañada Flores (Vera, Almería), Cabezo Colorado (Vera, Almería), Campos (Cuevas de Almanzora, Almería), Fuente Amarga (Mazarrón, Murcia), Parazuelos, Llano de los Ceperos (Mazarrón, Murcia), la mayor parte de las tumbas de Les Moreres (Crevillente, Alicante), Cerro Alcalá (Torres, Jaén).

Se puede objetar que la inexistencia de elementos fenicios en estas tumbas se debe, bien a un registro arqueológico defectuoso, o a que los indígenas utilizan objetos tradicionales pero ritos novedosos, con lo que habría que reconocer una influencia foránea en la propia esencia del rito funerario, en tanto que los elementos más superficiales (los objetos utilizados en dicho rito) mostrarían una notable fidelidad a la tradición.

Muchos de los primeros objetos fenicios que aparecen en tumbas indígenas, tienen un claro carácter intrusivo, sustituyendo a objetos indígenas, pero cumpliendo su mismo papel. Así ocurriría con las cuentas de vidrio o cornalina, los botones

cónicos de bronce, las fíbulas de doble resorte, etc.: Castellones de Ceal, (Jaén), Cortijada de las Cuartillas (Mojácar, Almería), Qurénima (Antas, Almería), Almizaraque (Herrerías, Almería), Les Moreres (Crevillente, Alicante), Cortijo de las Torres (Mengíbar, Jaén). Hay que mencionar que las cuentas de pasta vítrea aparecen también como elemento añadido y tardío en las necrópolis del Bronce Final del Suroeste Peninsular, de forma paralela a lo que estamos observando (Schubart, 1971, p. 157).

A nuestro modo de ver, es muy poco convincente pensar que las comunidades indígenas, que acaban de entrar en contacto con los fenicios durante el siglo VIII, cambian radicalmente el tratamiento que dan al cadáver, sin que existan otros cambios en ámbitos más superficiales. De hecho, si observamos el carácter del impacto fenicio en los niveles de los propios asentamientos indígenas durante el siglo VIII, nos damos cuenta de que éste se limita a la presencia de algunas importaciones y quizá a la realización de las primeras cerámicas indígenas a torno, pero ni la urbanística ni la producción alfarera tomada en conjunto experimentan un cambio radical. Plantear en este contexto que se produce una profunda influencia ideológica fenicia en el ámbito funerario carece de sentido.

De forma similar, M. E. Aubet planteó en 1978 que si la incineración se hubiera introducido en el ámbito tartésico por influencia fenicia sería de esperar que dicha introducción se produjera en un momento tardío del contacto entre ambas sociedades, y que el rito funerario se trasladara a la sociedad indígena de forma similar a como lo realizan los fenicios. Por contra, las incineraciones indígenas son relativamente tempranas, y muy diferentes a las fenicias (Aubet, 1978, p. 97).

Para la correcta datación de las incineraciones del Sureste tenemos que acudir a métodos más objetivos que los prejuicios de tipo difusionista. La existencia, hoy en día, de varias estratigrafías de poblado en el Sureste, permite que las hipótesis cronológicas que hagamos sobre las necrópolis sean más verosímiles. Por otro lado, los datos proporcionados por Siret parecen refrendarse ante la excavación y documentación de nuevas necrópolis en los años 80 (Les Moreres, Cerro Alcalá, Llano de los Ceperos).

En este sentido, hay que echar mano de las propias fechaciones de Peña Negra I para datar la necrópolis de Les Moreres. Si hoy en día se acepta que el horizonte Peña Negra I se corresponde con los siglos IX-VIII no hay ninguna razón para rechazar que su necrópolis (en la que sólo se documentan incineraciones) se empezara a utilizar en pleno siglo IX.

La necrópolis del Cerro Alcalá tiene la importancia de documentar el rito de incineración en el Alto Guadalquivir en un contexto ausente de importaciones fenicias y con objetos relativamente antiguos como la fíbula de codo (el trabajo de M. M. Ruiz Delgado desliga definitivamente la fíbula de codo y sus variantes del

comercio fenicio, siendo anterior a él; Ruiz Delgado, 1989). Esta fíbula fue datada por su decoración entre los siglos XII-X (Carrasco et alii, 1980, p. 231). Sin embargo, y aún admitiendo que la datación de la fíbula en cuestión sea válida, el contexto cerámico que la acompaña no puede ser datado por su tipología antes del siglo IX. Sin embargo, no conozco ninguna fíbula de codo en la Península que se haya encontrado en asociación con importaciones fenicias, por lo cual podemos pensar que este tipo de fíbula no perduró más allá de la primera mitad del siglo VIII y fue rápidamente sustituida por la fíbula de doble resorte. Ambos jalones (800-750) enmarcan la posible cronología de los cuatro enterramientos de incineración del Cerro Alcalá.

El siglo IX es también la datación que M. M. Ros Sala defiende para la necrópolis de Parazuelos, en base a sus paralelos con Saladares IA1 y Cerro de los Infantes III (Ros Sala, 1985, p. 117, p. 117; 1989, pp. 192-195, lam. 39).

La propia M. M. Ros Sala estudia las similitudes morfométricas de los vasitos de Cobatillas la Vieja (Siglo XI) y Caldero de Mojácar estableciendo una relación estrecha en ambos vasos que permite defender una cronología "alta" para los enterramientos de la necrópolis almeriense. Ambos vasos pertenecen a formas que tienen una gran raigambre en el Sureste y que indican una convivencia de elementos tradicionales e innovadores en lo que respecta al nuevo rito funerario (Ros Sala, 1986, p. 335).

De forma un tanto sorprendente, A. González Prats menciona la existencia de pithoi de tipología argárica, utilizados como urnas cinerarias en la necrópolis de Callosa del Segura, datables en el Bronce Tardío-Final (González Prats, 1983a, p. 134), y que nos llevarían a aceptar una cronología muy alta y totalmente inaudita para el inicio de las incineraciones del Sureste.

La tipología de las urnas cinerarias y fuentes-tapadera de las necrópolis de incineración que estamos tratando, tienen su máxima representación en niveles de poblado de los siglos IX-VIII (Cerro de la Mora Ib, Ic, II; Cerro de los Infantes, niveles 2-5, Cerro de la Encina, estratos II-I, Peñón de la Reina III, Castellar de Librilla II, Peña Negra I, Saladares IA, con y sin importaciones fenicias, por lo que, por el momento, consideramos prudente no datarlas antes del siglo IX, considerando el vasito de Caldero de Mojácar y la fíbula del Cerro Alcalá como producciones arcaizantes, o bien, auténticas "antigüedades" en el momento de su amortización. Asimismo y dado que los datos sobre Callosa del Segura proceden de excavaciones antiguas deficientemente documentadas, las ponemos temporalmente en cuarentena, en espera de nuevos datos.

Tampoco consideramos prudente datar las tumbas con cerámica a mano de calidad cuidada avanzado el siglo VII, dada su paulatina desaparición en Cerro de la Mora III, Cerro de los Infantes, nivel 7, Castellar de Librilla III, Saladares IB,

Peña Negra II, y sobre todo, teniendo en cuenta que la cerámica a torno aparece tempranamente en las necrópolis en la segunda mitad del siglo VIII (Loma de Boliche, Les Moreres). Cabe, en cambio, la posibilidad de que la cerámica a mano cuidada subsista durante todo el siglo VII en el Alto Guadalquivir, como muestran perfectamente los niveles de La Muela de Cástulo, lo cual explicaría las imitaciones a mano de vasos "chardón" en Mengíbar y el mantenimiento en esta necrópolis de técnicas de decoración del Bronce Final, como la aplicación de pintura poscoCCIÓN.

Otro de los argumentos que nos permiten defender la datación de las incineraciones en el Sureste durante buena parte del Bronce Final es que los famosos ritos "tradicionales" de inhumación se resisten a aparecer (salvo contadas excepciones: Fonelas, Río de Gor, Los Millares, Herrerías, ¿Llano de los Ceperos?), a pesar de que sería predecible su mejor conservación que la de otros tratamientos destructivos del cadáver. Por otro lado, algunos de los enterramientos citados tienen importaciones fenicias, como Fonelas, Herrerías o el enterramiento Sabina 49 (Río de Gor), por lo que habría retrasar su cronología hacia el siglo VIII, convirtiéndolos en contemporáneos (y no necesariamente anteriores) de las necrópolis de incineración (lo cual encaja con la similitud de los ajueres funerarios: brazaletes de bronce y cuentas de collar de diferentes materiales) y creando un enorme "vacío funerario" entre los siglos XI-VIII, cuya persistencia empieza a ser más que sospechosa. Así algunos autores se plantean la cuestión en otros términos.

Según M. Ruiz Gálvez, esta falta generalizada de enterramientos durante el Bronce Final no se circunscribe al sur de la Península Ibérica, pues en Europa Occidental es norma, por razones de índole religiosa, ideológica o simbólica, la inexistencia de tumbas arqueológicamente individualizables (Ruiz Gálvez, 1989, p. 46).

Por su parte, O. Arteaga afirma que la inexistencia de enterramientos en el Area Tartésica durante el Bronce Final debe entenderse también como un tipo de rito funerario peculiar, y no un mero problema de la investigación (Arteaga et alii, 1980, p. 130).

Según J. A. Barceló, la ausencia de tumbas en el Area Tartésica durante este período ha de atribuirse a las existencia de un rito funerario de tipo destructivo y la preservación quizá de ciertos cuerpos en función de su posición social (Barceló, 1992, p. 265).

Para M. Belén et alii, el Bronce Final Atlántico supone algo más que un círculo de intercambio de tecnología metalúrgica: un intercambio de ideas religiosas y funerarias. La ausencia de enterramientos datables en el Bronce Final llama la atención, especialmente en el Area Tartésica, dada la potencia demográfica de este territorio. La razón de esta ausencia es la existencia de un rito funerario peculiar y uniforme en el Mundo Atlántico, que no deja restos. Esta uniformidad "negativa"

de los ritos funerarios daría cierta uniformidad cultural a toda la costa atlántica de la Península durante el Bronce Final (Belén et alii, 1991, p. 226, p. 229, p. 250, p. 252).

Posiblemente se haya practicado la incineración o algún otro ritual destructivo en Tartessos durante el Bronce Final, aunque el tratamiento posterior de las cenizas no haya exigido su preservación en urna, cista, etc. La probable existencia de este tipo de ritos en el Mundo Atlántico hace muy verosímil su práctica en el Sureste, aunque en este caso sí se ha visto la necesidad de preservar los restos en urna. Este hecho, alejaría las incineraciones del Sureste de las hipotéticas incineraciones del Mundo Atlántico de las que estamos hablando.

A partir de los razonamientos que hemos ido desgranando, tanto cronológicos como de otro tipo, creemos haber determinado la improbabilidad de que los fenicios hayan tenido un papel importante en la adopción del rito de la incineración por parte de las sociedades indígenas del Sureste. Según M. M. Ros Sala, el rito de incineración presente "va perfilándose como el tipo de enterramiento indígena más común durante el Bronce Final del Sureste, al menos desde la fase Plena" (Ros Sala, 1985, pp. 117- 122; 1989, p. 187, p. 195).

Como alternativa a la introducción del rito de la incineración por parte del Mundo Fenicio, contamos con otras posibilidades, como es la introducción a partir de los Campos de Urnas Centroeuropeos, que privó hasta los años 70 en muchos de los principales investigadores de la Prehistoria Peninsular (J. Maluquer, M. Almagro Basch, etc.).

Las similitudes con Campos de Urnas se aprecian en algunos elementos de la necrópolis de Les Moreres, así A. González Prats pone en relación los túmulos de esta necrópolis con los del Bajo Aragón (González Prats, 1983a, p. 134). En su momento, M. E. Aubet negó la vinculación de los túmulos tartésicos con los centroeuropeos reclamando para aquéllos un origen autóctono (Aubet, 1978, pp. 95-96). Es cierto que los túmulos de Les Moreres son muy diferentes a los tartésicos, pero la cuestión se complica extraordinariamente si advertimos que existen urnas y deposiciones prácticamente idénticas en Les Moreres y Setefilla (González Prats, 1983, pp. 124-125, p. 137).

Por otro lado, la necrópolis de Crevillente es un auténtico "campo de urnas", en el que se detecta un centenar de tumbas individuales de incineración en urna con tapadera cerámica, lo cual contrasta con la mayor parte de las necrópolis del Bronce Final del Sureste, en las que siempre se detectan pequeñas agrupaciones de tumbas (Pellicer, 1987, pp. 445-449). En algunos casos una estructura pétreo encierra varios individuos que han sido enterrados juntos, a veces reutilizando un monumento megalítico; Fonelas (3 individuos), pozo circular en Cerro Alcalá (2 individuos), pozo en Herrerías (10 individuos), fosa poligonal en Caldero de

Mojácar (9 individuos). Estos enterramientos "colectivos" tienen cierta similitud con los enterramientos argáricos, los cuales se producían sucesivamente en una misma estructura (Ayala Juan, 1986, pp. 310-311). Estas pervivencias de enterramientos colectivos se enfrentan claramente a una posible influencia de Campos de Urnas.

Algunas urnas de la necrópolis de Les Moreres tienen un agujero en la pared, quizá con una función ritual, ello y ciertos elementos de ajuar tienen también paralelos en Campos de Urnas, como el plato-tapadera troncocónico (PNI AB 2), los brazaletes de apéndices abultados, las pinzas de depilar, etc. Por contra, las urnas cinerarias del cementerio de Crevillente son muy diferentes a las de Campos de Urnas, tratándose de una forma típica del Bronce Final en el sur de la Península Ibérica (González Prats, 1983a, pp. 124-125, pp. 131-132, p. 137, p. 270).

Como vemos, la influencia de Campos de Urnas en la necrópolis de Crevillente es parcial y cuando menos problemática, lo cual, por otro lado, es una constante en el resto de la cultura material de Peña Negra I. En el resto de las necrópolis del Sureste, esta huella de Campos de Urnas es mucho más diluida, limitándose a los encachados de Parazuelos o a las pinzas de depilar, cuya distribución es relativamente frecuente en necrópolis y poblados.

Junto a las teorías "europeístas", están los investigadores que han propugnado un origen "mediterráneo" para las incineraciones meridionales (F. Molina González, O. Arteaga, M. E. Aubet, A. Tejera Gaspar),. Hay que decir que esta filiación "mediterránea" es bastante vaga, y no sabemos si se corresponde con una influencia fenicia "colonial", o con algún otro tipo de contacto "precolonial" (González Prats, 1983a, p. 130).

Recientemente se ha resaltado la significación de los motivos decorativos de las urnas cinerarias de Fuente Amarga o Alparatas (meandros incisos flanqueados por puntillados), con un origen en el ámbito protovillanoviano, lo cual puede ser un indicio del origen italiano del rito de incineración en el Sureste durante el Bronce Final II (siglo IX) (Ros Sala, 1987, pp. 91-92, p. 100). Decoraciones muy similares aparecen en Peña Negra I, datadas en la primera mitad del siglo VIII, en un contexto metalúrgico que indica una clara relación con Cerdeña (por ejemplo, González Prats, 1992, fig 4, 11).

La influencia del Mediterraneo Central también ha sido puesta de manifiesto para el enterramiento de Roça do Casal do Meio, en la Península de Setúbal, que tradicionalmente se data en los siglos X-IX. Tradicionalmente se ha considerado de un enterramiento "megalítico" de inhumación con dos tumbas. Pero según M. Belén et alii, esta sepultura no es una reutilización megalítica sino un enterramiento de gentes de Sicilia o Cerdeña (Belén et alii, 1991, pp. 237-240, p. 249, p. 251).

Las frecuentes vinculaciones, más o menos vagas, que se han establecido repetidamente entre las manifestaciones funerarias del Sureste Peninsular y Portugal durante el Bronce Final (ver, por ejemplo, H. Schubart, 1971 o F. Molina González, 1978), encuentran su continuación en estas aportaciones (González Prats, 1983a, p. 134), que además vinculan ambos territorios al Mediterraneo Central. Pienso que no es ocioso recordar aquí las intensas relaciones que territorios como el centro de Portugal, Andalucía, Cerdeña e Italia compartieron durante los siglos IX- VIII, especialmente en relación a la expansión hacia el Mediterraneo de la metalurgia Baiões-Venat, y que atañía muy especialmente a la propagación e imitación de objetos metálicos de "lujo" (Ruiz Gálvez, 1986). Es posible que ciertos ritos funerarios, cerámicas, decoraciones y ajuares se hayan propagado entre grupos culturalmente muy diferentes, junto a los objetos metálicos, en un mismo contexto de competición y emulación social. Así como se imitan las armas propias de la metalurgia Venat en el Sureste, como auténticos símbolos de estatus, cabe la posibilidad de que también se hayan imitado ciertos rasgos o elementos aislados del rito funerario, insertándose en costumbres funerarias tradicionales. De todos modos, este proceso tuvo que ser relativamente lento, y si podemos rastrear las primeras incineraciones del Sureste durante el siglo IX, tuvo que producirse un período previo (probablemente los siglos XI-X) de adaptación. En este caso, nos movemos a ciegas, porque el conocimiento que tenemos sobre los poblados de este "período oscuro" del Bronce Final I, es sólo algo mayor que el de los ritos funerarios.

La mezcla de influencias externas y elementos de raigambre autóctona que aparecen en los enterramientos del Sureste durante el Bronce Final, y que hemos descrito más arriba, encajan con esta interpretación. Buscar en este contexto la filogénesis exacta de la incineración en el Sureste no sólo puede resultar una misión imposible, sino que además responde a una pregunta mal formulada. No se trata tanto de la introducción de un nuevo rito funerario, como de la fusión y reinterpretación de rasgos culturales foráneos y autóctonos.

BIBLIOGRAFIA

- ARTEAGA, O., 1982: Los Saladares 80. *Nuevas directrices para el estudio del Horizonte Protoibérico en el Levante Meridional y Sudeste de la Península*. Huelva Arqueológica VI. pp. 131-166.
- ARTEAGA, O.; SERNA, M., 1980: *Las primeras fases del poblado de Saladares*. Ampurias 41-42. 1979-80. pp. 65-137.

- AUBET, M. E., 1978: *Algunas cuestiones en torno al Período Orientalizante Tartésico*. Pyrenae (1977-78). pp. 81-107.
- IDEM, 1982: Los enterramientos bajo túmulo de Setefilla. *Huelva Arqueológica* 6. pp. 49-69.
- AYALA JUAN, M. M., 1986: *El poblamiento argárico en Historia de Cartagena*. tomo II. Murcia. pp. 253-316.
- BARCELO, J. A., 1992: *Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sureste de la Península Ibérica*. Trabajos de Prehistoria 49. pp. 259-275.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J. L.; BOZZINO, M. I., 1991: *El mundo funerario del Bronce Final en la Fachada Atlántica de la Península Ibérica I. Análisis de la documentación*. Trabajos de Prehistoria 48. pp. 225-255.
- BLANCO, A., 1960: *Castellones de Ceal. Datos complementarios para la cronología. Secuencia de materiales en el Alto Guadalquivir. Orientalia II*. Archivo Español de Arqueología XXXIII. pp. 26-34.
- BLAZQUEZ, J. M.; GARCIA GELABERT, M. P.; LOPEZ PARDO, F., 1985: *Cástulo V. Excavaciones Arqueológicas en España*.
- CARRASCO, J.; PASTOR, M.; PACHON, J. A., 1980: *Hallazgos del Bronce Final en la Provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá (Torres, Jaén)*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 5. pp. 221-236.
- IDEM, 1983: *Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979*. Noticiario Arqueológico Hispánico. n. 13. pp. 9-164.
- IDEM, 1984: *Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona). Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981)*. El corte 4. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 6. pp. 307-354.
- IDEM, 1986a: *Cerámicas pintadas del Bronce Final procedentes de Jaén y Córdoba*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 11. pp. 199-235.
- IDEM, 1986b: *La Edad del Bronce en la Provincia de Jaén. Homenaje a Luis Siret*. pp. 361-377.
- FERRER PALMA, J., 1977: *La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). El sepulcro "Domingo 1" y sus niveles de enterramiento*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 2. pp. 173-211.
- GONZALEZ PRATS, A., 1983a: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Lucentum. Anejo I.
- IDEM, 1983b: *La necrópolis de cremación del Bronce Final de la Peña Negra de Crevillente*. XVI Congreso Nacional de Arqueología. pp. 285-294.

- IDEM, 1992: *Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente, Alicante) Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica*. Trabajos de Prehistoria 49. pp. 243-257.
- LOPEZ CASTRO, J. L.; SAN MARTIN MONTILLA, C.; ESCORIZA MATEU, T., 1992: *La colonización fenicia en el Estuario del Almanzora. El asentamiento de Cabecico de Parra de Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería)*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 12-13. 1987-88. pp. 157-169.
- MARTINEZ PADILLA, C.; BOTELLA, M. C., 1980: *El Peñón de la Reina (Albodoluy, Almería)*. Excavaciones Arqueológicas en España 112.
- MENDOZA, A.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O.; AGUAYO, P., 1981: *Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provinz Granada)*. Ein beitrage zur bronze-und eisenzeit in Oberandalusien. Madrider Mitteilungen 22. pp. 171-219.
- MOLINA GONZALEZ, F., 1978: *Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 3. pp. 159- 232.
- OSUNA RUIZ, M.; REMESAL RODRIGUEZ, J., 1981: *La necrópolis de Boliche (Villaricos-Almería)*. Archivo de Prehistoria Levantina XVI. pp. 373-411.
- PACHON, J. A.; CARRASCO, J.; PASTOR, M., 1979: *Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 4. pp. 295-340.
- IDEM, 1983: *Sobre cuestiones de protohistoria: algunos hallazgos de Loja*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada 8. pp. 325-341.
- PELLICER, M., 1980: *Ensayo de periodización y cronología tartesia y turdetana*. abis 10-11. 1979-80. pp. 307-333.
- IDEM, 1987: *El Bronce Reciente e inicios del Hierro en Andalucía Oriental*. Habis 17. pp. 433-475.
- ROS SALA, M. M., 1985: *Nuevas aportaciones para el conocimiento del Bronce Final en el complejo arqueológico Parazuelos-Llano de los Ceperos (Ramonete, Murcia)*. Anales de Prehistoria y Arqueología 1. pp. 117-122.
- IDEM, 1987: *La Fuente Amarga: una aproximación a la entidad del Bronce Final en el entorno prelitoral de Mazarrón (Murcia)*. Anales de Prehistoria y Arqueología 3. pp. 85-101.
- IDEM, 1989: *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*. Colegio Oficial de Arquitectos de Murcia. Universidad de Murcia.
- RUIZ DELGADO, M. M., 1989: *Fíbulas Protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

- RUIZ GALVEZ, M., 1986: *Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterraneo a fines de la Edad del Bronce*. Trabajos de Prehistoria 43. pp. 9-41.
- IDEM, 1989: *La orfebrería del Bronce Final. El poder y su ostentación. El oro en la España Prerromana*. Revista de Arqueología. pp. 46-57.
- SCHUBART, H., 1971: *Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el sur y oeste peninsular*. Trabajos de Prehistoria 28. pp. 153- 182.